

*Contemni et contemnere*; ser despreciado y despreciar. Con este lema concluye Fougeret de Monbron esa singular obrita, solo aparentemente un libro de viajes, que es *El cosmopolita*. En un escrito en el que no se concluye nada, tal divisa, sin embargo, condensa el tono vital subyacente a los avatares autobiográficos que va consignando a lo largo de sus escasas páginas. Es la amargura de quien no espera nada y para el que *seguir viviendo* consiste en permanecer en un *siempre igual* decepcionante que sus viajes, en los que busca sustraerse a un tedio que se va tornando asfixiante, no hacen sino reafirmar una y otra vez. Esta actitud descreída y desilusionada ante el yo y ante el nosotros, frente a la existencia, tan bien expresada en *El cosmopolita* constituye sin duda una notable nota disonante en el medio de la cultura ilustrada del siglo XVIII. Porque Fourgeret de Monbron es un anti-ilustrado; nada de confianza en la razón y en su capacidad para perfeccionar al ser humano, nada de progreso del género humano ni de elevados ideales emancipatorios, y si hay una humanidad compartida, algo que le evidencian sus viajes, consiste ésta en el más ramplón egoísmo de quien no concibe otro yo que el suyo y se comporta como *el único*; tal es lo universal que se sigue de la pluma de Monbron. Desde los sofistas y el escepticismo antiguo, pasando por el escepticismo moderno encarnado en figuras emblemáticas como la de Michel de Montaigne, Fougeret de Monbron constituye un representante señalado en el siglo de las luces de esa tradición marginal, de corte relativista, e incluso cínica, pero también tolerante, que ha discurrido en paralelo a la sombra del dominante logocentrismo occidental. Una tradición que, de alguna manera, situándose polémicamente allende los límites de la razón, ha evidenciado la unilateralidad, la insuficiencia y los efectos a veces devastadores de una autoimagen del ser humano construida a partir de la absolutización y la sustantivación de una concepción idealizada de aquélla. En *El cosmopolita*, mediante las diversas circunstancias e incidentes y las pequeñas aventuras relatadas, sencillamente se anteponen a las grandes ideas de *Hombre, Razón, y Humanidad*

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 2  
2013/2  
ISSN 2255-2022

FOUGERET DE MONBRON,  
*El cosmopolita*, traducción  
y epílogo de Julio Seoane  
Pinilla, Laetoli, pamplo-  
na, 2011, 112 pp. ISBN:  
978-84-92422-33-3. (*Le  
cosmopolite ou le Citoyen du  
Monde*, 1750).



**Palabras clave:**  
anti-ilustración  
escepticismo  
relativismo  
literatura  
viajes



el caos de variopintas costumbres, los múltiples intereses divergentes y el cúmulo de bajezas de seres humanos diversos y particulares que hablan por sí solos porque, de entrada, en el ánimo del descreído Monbron no hay más, absolutamente nada más; ni, por supuesto, esa razón idealizada, con sus criterios normativos, cuya ficción su ir relatando constantemente desenmascara. Mostrando a los hombres en su ridícula pequeñez, a menudo sórdida, Monbron evidencia el lado patético de la ilusión *Hombre*. Y esto es todo, que no es poco.

Fernando Pessoa calificó su *Libro del desasosiego* como una *autobiografía sin acontecimientos* posiblemente a fin de enfatizar el elemento reflexivo, hecho de pura interioridad, por el que transitan sus páginas inigualables. Con Monbron sucede lo contrario. En *El cosmopolita* se asiste al desgranamiento de unos acontecimientos sin autobiografía alguna que los soporte porque Monbron no construye a partir de ellos ninguna experiencia. No se produce ningún proceso de formación a través del sucederse de los acontecimientos puesto que el protagonista no hace experiencia de ellos, ni, consecuentemente, crece a través de ellos. No hay aquí sujeto alguno que se sobrepuje mediante los avatares de su existencia. En *El cosmopolita* comienzo y final, inicio y término, se funden en un principio abstracto e indiferenciado; el de un cínico desprecio surgido de un inmediato apego a lo que hay de una razón incapaz de generar distancias. No reconoce Monbron instancia alguna que le permita relativizar la realidad cotidiana circundante en la que se mueve. No hay historia -ni pequeña del individuo, ni grande-; el presente experimentado no se concibe como devenido y, en esa medida, como revocable. Los hombres son lo que son y ante esta evidencia se rinde un yo también plano, cosificado, que no se reconoce como *llegando a ser* alguno. El aquí y el ahora relatados, y repetidos incesantemente en las solo aparentemente diversas vicisitudes del anti-Odiseo moderno que representa Monbron, son tratados como lo absoluto. De ahí la impresión de circularidad de la obra. Su final tan solo reafirma las certezas del comienzo:

*“Porque Fourgeret de Monbron es un anti-ilustrado; nada de confianza en la razón y en su capacidad para perfeccionar al ser humano, nada de progreso del género humano ni de elevados ideales emancipatorios.”*

“El mundo es una especie de libro –dice Monbron- del que sólo ha leído la primera página quien no conoce más que su país. Yo he hojeado bastantes, y todas las he encontrado prácticamente igual de malas [...] Odiaba mi patria. Todas las groserías de los diversos pueblos entre los que he vivido me han reconciliado con ella” (p.9).

Y es el hastío, el peso insoportable de la propia existencia de un yo carente de horizonte, lo que empuja a Monbron a iniciar sus peripecias a través de la vieja Europa hasta las mismas puertas de Asia. El aburrimiento, dice, lo expulsa de París. Londres, Holanda, Constantinopla, Quíos, Malta, Roma, Nápoles, Loreto, Venecia, Florencia, Brandenburgo, Berlín, Dresde, Barcelona, Madrid, Lisboa son los más señalados nombres que Monbron va consignando en su particular mapa de viajero solitario y azaroso. Y así, a base de retazos, *El cosmopolita* constituye una mixtura en la que se entrelaza la narración de las vicisitudes del errático transeúnte en estos diversos destinos con algunas reflexiones fragmentarias que solo lo reafirman en esa actitud cínica que abre y cierra la obra. De ahí que, en el fondo, *El cosmopolita* represente un periplo por lo básicamente siempre igual. El relato no pasa de constituir una mera consignación de diversos episodios que se van sumando; no hay narración que suponga cierto tránsito entre un momento inicial y un punto final en relación a un proceso constitutivo del sujeto. Por eso, pese a tratarse de un libro de viajes, es una obra profundamente estática. Tan solo ciertos comentarios un tanto circunstanciales ponen algo de variedad en un paisaje humano múltiple, pero uniforme más allá de las superficiales diferencias locales, dominado por la bajeza moral. Y es aquí donde el ingenio de Monbron se despliega poniendo en valor *El cosmopolita*. Lo mejor de Monbron es una cualidad retórica que le excusa de esa argumentación ligada a una razón que ha reprobado. A través del sarcasmo, de la ironía y, en general, de la acidez de sus comentarios se manifiestan esas miserias en las que los individuos encuentran su humanidad compartida. No es lo mejor, es lo peor lo común; ese vínculo tan deseado en la Edad de las Luces. Si hay humanidad, es en

*“En El cosmopolita comienzo y final, inicio y término, se funden en un principio abstracto e indiferenciado; el de un cínico desprecio surgido de un inmediato apego a lo que hay de una razón incapaz de generar distancias.”*

*“No hay promesas en Fougeret de Monbron. En todo esto reside su respuesta al programa ilustrado”*

lo ruin, en lo grosero y en lo despreciable. Y no se manifiesta ningún desencanto en la obra porque se carecía de toda esperanza; tan solo queda la mera certificación de esa galería de pequeñeces humanas. Monbron no aspira a *más*; desconoce más alguno. No hay promesas en Fougeret de Monbron. En todo esto reside su respuesta al programa ilustrado.

Estas constantes observaciones y comentarios que va efectuando el viajero Monbron a lo largo de su travesía europea giran sobre ciertos temas recurrentes: las instituciones religiosas y sus representantes –acerca de los cuales no se ahorra los más ácidos comentarios-, la hipocresía social, las desigualdades, las prácticas sexuales. Sobre todos ellos pivota *El cosmopolita*. Pero esta amalgama de observaciones, comentarios y fugaces reflexiones queda soportada teóricamente por un relativismo, un convencionalismo y un pragmatismo culturales y morales a la base de los cuales no se reconoce más que el interés del particular que se comporta como único, que no reconoce a ningún otro y que actúa estratégicamente en base a sus intereses y objetivos privados. Y así, puede leerse:

“En este mundo todo depende de la manera en que hemos sido educados y de la costumbre [...] Lo más razonable que se puede decir para no ofender a ninguna de las partes es que todo aquí abajo es igualmente ridículo, y que la perfección de las cosas consiste sólo en la opinión que se tiene de ellas” (p. 21).

Escepticismo, relativismo, convencionalismo. Y un poco más adelante:

“Estoy totalmente convencido de que en todas partes la rectitud y la humanidad son sólo términos convencionales que en el fondo no tienen nada de real ni de verdadero, que cada uno vive sólo para sí y sólo se ama a sí mismo” (p.27).

Las normas sociales en general y las morales en particular constituyen para Monbron meras convenciones destinadas a impedir que los individuos, que no pueden pasar sin la sociedad por su mísera insuficiencia -como ya señalara también Rousseau-, se destruyan mutuamente.

Los seres humanos se mueven y se comportan entre sí espoleados por intereses particulares y contingentes, sin posibilidad alguna de vertebrar una convivencia a partir de una razón que los relativice. En esto mismo estriba el elemento último anti-ilustrado de Monbron. Y sobre ello se apoya su cinismo: me reconozco ruin, mísero y despreciable y torno todo ello mi virtud por el solo hecho de reconocerlo abiertamente. Estas premisas reducen a lo igual la aparente diversidad de costumbres que anota y consigna en *El cosmopolita* a través de sus viajes. Y así, respecto a la religión, da igual cristianos que musulmanes; en relación a los preceptos, siempre encuentra la forma de saltárselos la gente adinerada. Además, la hipocresía es la moneda común en todas las religiones, que terminan reduciéndose a un puro formalismo supersticioso que solo beneficia a las élites dirigentes. Especialmente beligerante es Monbron con el catolicismo, con cuyos frailes y curas no escatima durísimos comentarios, como cuando señala que se aprovechan de la ignorancia y del servilismo que con tanto cuidado cultivan en el pueblo para satisfacer sus nada espirituales apetitos:

“Es indignante ver a esos vendedores de agua bendita, gordos y relucientes de salud, insultando a la miseria pública en sus hermosas carrozas arrastradas majestuosamente por dos soberbias mulas. ¿Y a dónde se creerá que van esos andrajosos? A confesar a las hermosas y a hacer cornudos” (p. 76).

Respecto a las leyes y las normas de la moral, tan elevadas, en tan alta estima en todos los lugares, todas sin excepción constituyen meras fórmulas destinadas no a cambiar a los hombres, sino a impedirles dañarse mutuamente. Porque para Monbron en todos los sitios los ideales de humanidad y de rectitud moral no tienen nada “de real ni verdadero”; son puros arreglos en base a los cuales representa su papel la llamada gente honorable y respetable. No duda, pues, de

“que cada uno vive para sí y sólo se ama a sí mismo, y que el hombre más honrado no es, propiamente hablando, más que un hábil comediante que posee el gran arte de acicalar las cosas

*“Sus viajes confirman a Monbron en la idea de que la sociedad es un cruel teatro del que nadie puede pasar donde los seres humanos viven y mueren representando unos para otros en la más absoluta soledad.”*

1. En uno de los textos de Habermas en los que más claramente se evidencia su deuda no reconocida con Adorno que sirve de puente entre la dialéctica negativa y la teoría comunicativa, señala éste la dimensión normativa del lenguaje por la cual en todo decir queda trascendido y relativizado *lo dicho* en base a una anticipación utópica que expresa la posición del sujeto ante la realidad. En los términos lingüísticos pues se halla sedimentado todo un contenido empíricamente no resuelto, no realizado, que establece una distancia *significante* respecto a su objeto. En el vocabulario “moral” de Monbron esto se patentiza de modo ejemplar. Ver: Jürgen Habermas, ‘Prehistoria de la subjetividad y autoafirmación salvaje’, *Perfiles filosófico-políticos*, trad. de Manuel Jiménez, Taurus, Madrid, 1986.

bajo la máscara impostora del candor y la equidad. Y por razón inversa, el más malvado y más despreciable es el que menos sabe fingir” (p.27).

En fin, sus viajes confirman a Monbron en la idea de que la sociedad es un cruel teatro del que nadie puede pasar donde los seres humanos viven y mueren representando unos para otros en la más absoluta soledad.

Tal es la triste condición del ser humano que a través de las páginas de *El cosmopolita*, y también de otras obras suyas tal vez más conocidas como *Margot la remendona*, Monbron va descubriendo desde un realismo ingenuo, puede que hasta ramplón, y desesperanzado. Por esto, en *El cosmopolita* Monbron no construye nada. Pero lo fácil es no construir. Y, sin embargo, en esa renuncia cínica a todo ejercitada a través del lenguaje al que empero no puede renunciar, como señalara Habermas<sup>1</sup>, ya desde la primera palabra dicha, palabra que estamos obligados a proferir aún para negar cualquier horizonte normativo, está supuesto lo absolutamente otro de ese mundo en el que Monbron se recluye y que, hasta cierto punto, santifica. De ahí que, pese a la intención que lo anima, constituya una fórmula de rebeldía y de esperanza su dictum final: *Contemni et contemnere*.

*José Félix Baselga*